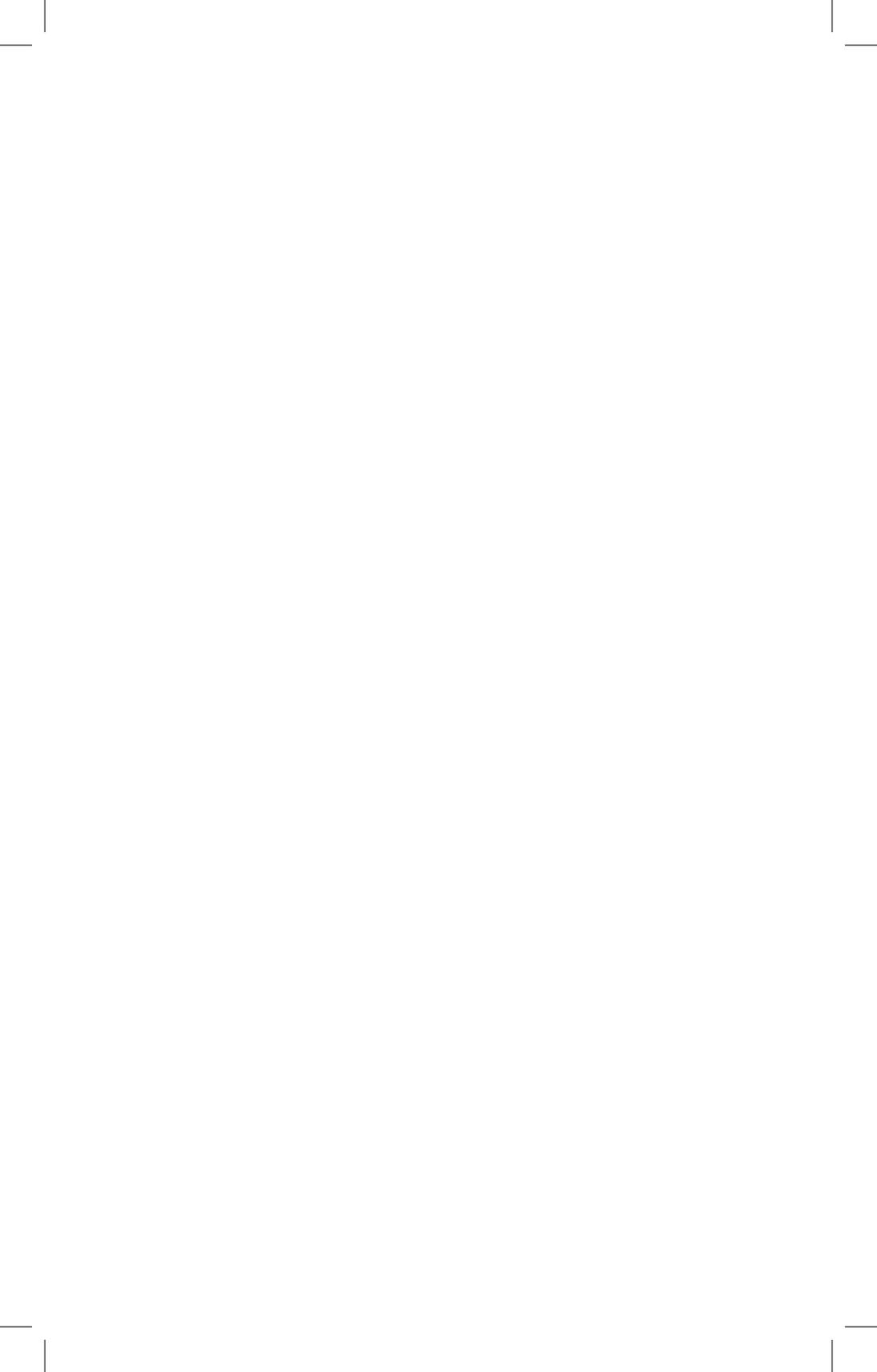


VIOLACIÓN

UNA HISTORIA DE AMOR



PRIMERA PARTE



Se lo tenía merecido

Después de que la violaran en grupo, le dieran de golpes y de patadas, y la dejaran medio muerta en el mugriento suelo de la caseta para las barcas del parque de Rocky Point. Después de que la arrastraran hasta la caseta los cinco borrachos —si es que no fueron seis o siete— y de que su hija de doce años les gritara: «¡Dejadnos! ¡No nos hagáis nada! ¡Por favor, no nos hagáis nada!». Después de que aquellos tíos la persiguieran como una jauría que se abalanza sobre su presa, se torciera un tobillo y perdiera las sandalias de tacón alto en el sendero que bordea la laguna. Después de que les suplicara que soltaran a su hija y ellos se rieran en su cara. Después de que decidiera atravesar el parque de Rocky Point, sabe Dios cómo se le ocurrió, en vez de rodear por el camino más largo para ir a casa, donde vivía con la niña en un adosado de alquiler de Ninth Street, cerca de la casa de ladrillo que tenía su madre en Baltic Avenue. Ninth Street estaba concurrida e iluminada incluso a esas horas tardías. El parque de Rocky Point, a esas horas tardías, estaba casi desierto. Atravesarlo bordeando la laguna, un camino invadido por la maleza. Ahorrarse diez minutos quizá. Creer que sería agradable cruzarlo: el claro de luna en el agua, pese a la espuma y la porquería de las latas de cerveza, los envoltorios de comida, las colillas. Tomar esa decisión, una fracción de segundo en toda una vida, y la vida ha cambiado para siempre. Seguir

por la laguna, pasada la antigua depuradora condenada y cubierta de pintadas de años, y la caseta de las barcas, asaltada y destruida por el vandalismo de los chavales. Después de que ella reconociera las caras y de que tal vez hasta les sonriera, es el Cuatro de Julio, fuegos artificiales en las cataratas, petardos, bocinazos y pitidos, partido de béisbol entre institutos, atmósfera festiva. Sí, puede que les sonriera, o sea, que lo estaba pidiendo. Pudo ser una sonrisa tensa, nerviosa, como cuando sonríes a un perro que te gruñe, aun así Teena Maguire sonrió, esa sonrisa suya de carmín... y ese pelo suyo. Se lo tenía merecido, lo pedía a gritos. Chicos que llevaban horas rondando por el parque en busca de bronca. En busca de un poco de diversión. Bebieron cerveza, arrojaron las latas a la laguna y explotaron todos los petardos que llevaban. Petardos a los coches, a los perros, a los cisnes y a los gansos y los azulones de la laguna que dormían con la cabeza diestramente guardada bajo el ala. ¡Hostias! Es que te partes viendo a esos pájaros acuáticos sobresaltarse y graznar como si los estuvieran matando y aletear como locos para echarse a volar, incluidos los gordos. El partido del torneo escolar de Niagara Falls había tenido varias prórrogas; el campo resplandeciente de luces estaba ya oscuro; las gradas, vacías; la mayor parte de la gente se había marchado. Menos estas pandillas de chicos sin rumbo. Los más jóvenes, unos niños; los mayores, de veintimuchos. Chicos del barrio cuyas caras Teena Maguire conocería, si no de nombre, sí de apellido, igual que los chicos a ella, por lo menos del vecindario, aunque Teena era mayor, le gritaban: «¡Eh! ¡Oye, tú, guapa! ¡Eh, tía buena! ¿Adónde vas?». Después de que les sonriera sin aflojar el paso. Después de que agarrara a su hija de un brazo como si fuera pequeña, como si no tuviera ya doce años. «¡Enséñanos cómo

te rebotan esas lolas, tía buena! ¡Eh, eh, eh! ¿Adónde vas?». Después de que se dejara pillar. Después de que coqueteara con ellos, los provocara. ¡Qué poca cabeza! Habría bebido. ¡Y cómo vestía! ¡Cómo solía vestir Teena Maguire! Sobre todo en las noches de verano. Fiestas en Depew Street. Saraos que se desbordaban hasta la calle. *Rock* a toda mecha. Con esa actitud se lo estaba buscando. ¿Dónde está el marido? ¿No tiene marido esa mujer? ¿Qué coño hace ella sola, con una niña de doce años, por el parque de Rocky Point a medianoche? ¿Poner en peligro a una menor? ¿Poner en peligro la moral de una menor? Mira, a lo mejor Teena Maguire se tomó unas cervezas o se fumó unos canutos con los chicos. ¿No insinuaría algún favor a cambio de algo? En dinero o en hierba. Una mujer así, de treinta y cinco años y vestida como una adolescente: camiseta de tirantes, vaqueros cortados, rubia de bote, melena alborotada con los rizos por la cara. Piernas al aire, sandalias de tacón alto. Ropa ceñida marcándole los pechos, el culo, ¿qué esperaba? Medianoche del Cuatro de Julio, los fuegos artificiales en las cataratas acabaron a las once, pero la fiesta continuó por toda la ciudad. ¿Cuánta cerveza se bebió aquella noche en Niagara Falls entre residentes y turistas? Desde luego, una barbaridad. ¡Tanta como el agua que se precipita por la cascada de la Herradura en un minuto! Y allí estaba Teena Maguire, tambaleándose, lo contarían los testigos. Uno de sus novios, al que llamaban Casey allí en Depew, daba una fiesta de cerveza de barril que se desparramó por el jardín trasero y la calle entre las quejas de los vecinos, horas y horas de Ricky Skaggs y Kentucky Thunder, *bluegrass* aberrante a tope. El tal Casey, un soldador de Niagara Pipe, casado, con cuatro hijos. Separado de su esposa, que algo habrá tenido que ver Teena Maguire. ¡Qué mujer esta! ¿Qué

madre arrastra a su hija a una fiesta de borrachos y luego a cruzar a pie el parque de Rocky Point a esas horas? ¡Qué poca cabeza! Y menos mal que no les pasó algo peor, a ella y a la niña, que podrían haber sido negros, negratas colocados de los que invadían el parque, pero que muchísimo peor, y ella tenía que ir borracha, puesta de coca también; de fiesta desde primeras horas de la tarde, imagina su estado a medianoche. ¿Cómo coño pudo saber Teena Maguire quién se lo hizo con ella? ¿Y cuántos se lo hicieron?

Algunas cosas que se dirían de tu madre, Teena Maguire, después de que la violaran en grupo, le dieran de golpes y de patadas, y la abandonaran medio muerta en el mugriento suelo de la caseta para las barcas del parque de Rocky Point en los primeros minutos del 5 de julio de 1996.